

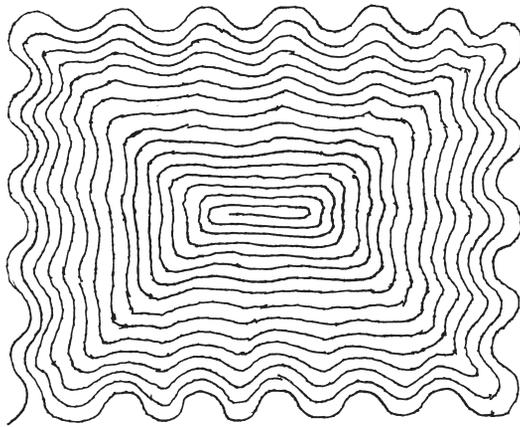
ALFAGUARA



José María Merino

El río del Edén

1.



Son las diez y media de la mañana y Silvio te acompaña con sus pasos inseguros, que acentúan la habitual torpeza de los movimientos de ese cuerpo menudo que remata la pequeña cabeza de ancho cuello. A veces da verdaderos trompicones, aunque nunca pierda del todo el equilibrio. Hasta en esa manera de andar se manifiesta su diferencia natural, su desdichada insuficiencia. Caminas despacio para no forzarlo, pues os queda mucho trecho por delante, innumerables pasos, los suyos con esos pies un poco torcidos que repiten cada zancada con cierto titubeo antes de rematarla. Te preguntas con fastidio si no le habrás planteado al pobre chico un reto imposible de afrontar, si en tu decisión no habrá dominado, de los dos Danieles que cobijas dentro de ti, el intemperante, el insensible, el egoísta. Mas a pesar de sus restricciones, Silvio va caminando con regularidad y no parece cansado.

Se ha empeñado en llevar la urna con las cenizas de Tere y la transporta a la espalda en su pequeña mochila.

Puesto que considera muy importante esa labor, una especie de misión, un sagrado acarreo, hay en la posición de sus hombros un aire forzado, como si pretendiese que la urna no sufriese por quedar demasiado apretada, como protegiéndola de algún agobio. Menos mal que un bastón de montañero, similar al tuyo, le sirve de ayuda, y lo cierto es que lo maneja con destreza. Le has pedido que guarde una actitud normal, que se relaje, que deje estar los hombros en su sitio, repitiendo varias veces la advertencia de que la urna no siente, que no es más que un objeto duro, consistente, no un ser vivo.

—Es solo una cosa, Silvio, una cosa, no le vas a hacer daño de ninguna manera —repites.

Pero él no abandona su gesto anquilosado, y al escuchar tus consejos desvía la mirada, como si quisiese aparentar que no se entera de tus palabras. Menos mal que la urna no pesa casi nada.

—Cuando te canses me la pasas, la meto en mi mochila y en paz, tengo sitio de sobra, y además puedes seguir hablando con ella aunque la lleve yo —le has dicho al fin, seguro de que no podrá aguantar todo el trayecto con esa postura.

Pero Silvio no parece cansarse, y a lo largo de la marcha habla muchas veces con la urna como si lo hiciese con Tere, hace la crónica de los lugares que recorréis, fijando su atención en los aspectos para ti más sorprendentes e imprevistos, la forma de unas ramas, de una roca, el revoloteo torpe de algún moscón tardío, la coincidencia de varias piñas tiradas a un lado del camino.

Aún no puedes discernir si Silvio ha entendido lo que es exactamente el abultado estuche cilíndrico que transporta, pero sabe que no guarda cualquier cosa, sino que se trata del envoltorio de la mismísima mamá, y a veces lo llama Urna, como si fuese un nombre de persona, aunque dirigiéndose a Tere, añadiendo acaso mamá, Urnamamá, en un enredo de identidades que, dentro de la confusión que desordena su inteligencia, debe de ser para él natural.

Cuando aquella mañana de domingo despertó y fue a dar un beso a su madre, no le dejaste entrar en la habitación y le dijiste que mamá estaba dormida y que no había que molestarla.

«Dormida para siempre», añadiste, muy serio.

Lo aceptó sin extrañeza, aunque más tarde te explicarías el motivo de su impasibilidad.

«¿Como Blancanieves?», preguntó.

«Más dormida todavía», respondiste.

Quedó mudo, y más tarde su tía Carla se ocupó de llevárselo de casa para que estuviese entretenido y alejado de la muerta, a quien sin embargo le permitiste besar por la tarde, para que fuese testigo de su sueño definitivo. Luego las cosas se fueron complicando y, entre el desconcierto propio de la jornada, no pudiste evitar que Silvio asistiese al laborioso trajín de los empleados de la funeraria mientras trasladaban el cuerpo de la cama al féretro, y al presenciar la introducción del cuerpo de Tere dentro de la caja y su acarreo por el pasillo, mostró mucha inquietud:

«¿Por qué se la llevan? —preguntaba, bastante agitado—, ¿por qué no la dejan en casa, en su cama, para que siga con nosotros, aunque sea dormida?».

Le explicaste que a los que se dormían para siempre había que llevárselos a un dormitorio hecho para ellos, para que permaneciesen acostados en compañía de los muchos otros a quienes les había pasado lo mismo. Se mantuvo en silencio durante un rato y no dijo nada.

A pesar de todo, Silvio ha esperado cada día el despertar de Tere y su regreso. Sin haberle mostrado todavía la urna en que están guardadas sus cenizas, decidiste ir a recogerlo tú mismo todos los días al centro. Al verte corría hacia ti y se abrazaba a tu cuerpo, y siempre te preguntaba si mamá había despertado ya. Tú decías que no, advirtiendo la decepción en el gesto de su rostro deforme.

Seguía preguntando por el sueño de mamá, y al cuarto o quinto día le dijiste que mamá no iba a volver, que

su sueño esta vez era el último, que ya jamás despertaría, y te miraba muy serio, como si comprendiese de verdad lo que significa ese concepto, jamás, aunque aún no haya logrado captarlo.

Sin embargo, muy pronto sus peculiares deducciones le hicieron interpretar ese dormir sin despertar posible como otra dimensión de la realidad, como algún punto accesible para la comunicación, sobre todo cuando vio, en alguna de las películas futuristas que tanto llaman su atención, que ciertos astronautas, inmóviles en sus sarcófagos espaciales, pueden recibir y acumular mensajes enviados desde la estación central de su exploración.

«¿Dónde dejaste dormida a mamá?», te preguntó.

«¿Para qué quieres saberlo?»

«Si estuviese aquí, podría contarle cosas, como hace el capitán Estúar con los astronautas dormidos de Guaitestesion.»

Insistió en ello.

«¿Podrías llevarme a donde está mamá dormida para siempre, papá?», te preguntaba.

«¿Para qué quieres ir?»

«Quiero contarle las cosas que han pasado desde que se durmió, Fermín tiene un gatito, el abuelo de Paula hace que una paloma desaparezca volando dentro de un sombrero.»

Hace dos semanas decidiste confesarle parte del secreto de la urna. Lo llevaste a tu cuarto, la antigua habitación matrimonial, ya desembarazada de la cama clínica y con el antiguo lecho en su sitio, una mesita a cada lado, abriste el armario y se la enseñaste:

«Mira, Silvio, ahí dentro está mamá.»

Miró la urna con admiración y extendió las manos.

«¿Ahí dentro?»

«No puedes tocarla —dijiste, categórico—, pero ahí dentro está, te lo prometo».

«¿Dormida para siempre?»

«Dormida para siempre.»

«¿Y qué es eso de fuera?»

«Eso es una urna. Una urna funeraria», añadiste con tono solemne.

Guardó silencio durante un rato y luego musitó:

«Mamá se ha hecho pequeñita.»

Te admiró la cadena de reflexiones que, en la singular lógica de su menguada razón, debió hacerle pensar que lo que hay dentro de la urna es una forma minúscula de Tere. Pues Silvio no considera imposible que su madre pueda estar metida en ella, y habla con la urna como si fuese realmente Tere, como cuando la encontraba en casa cada día, al llegar del centro, o mientras cenabais, ella sentada todavía en la silla de ruedas, y luego en esos largos ratos, ya Tere acostada, en los que ambos conversaban entre murmullos con sus voces disformes y un aire secreto.

Testigo de esa intensa relación, casi te arrepentiste de haber sido tan explícito: cuando le contaste que mamá está metida dentro de la urna, y la llamaste urna funeraria, seguro de que no lo entendió; pero ese significado misterioso abrió para él un espacio de encantamiento en el que Tere sigue accesible, le dio un pretexto sólido para reanudar la diaria comunicación con ella que la muerte había interrumpido con brusquedad, y desde entonces se ha dirigido a la urna en largas confianzas inconexas con cariñoso respeto, como si se tratase de un objeto lleno de vida, como si en él estuviese verdaderamente incorporada la sustancia cálida y protectora de su madre, cumpliendo la costumbre que se remonta al tiempo en que Silvio comenzó a tener cierta capacidad de expresión oral: contarle a Tere los sucesos cotidianos de su vida escolar, lo que ha pasado en el colegio al que asiste por las mañanas con niños comunes y corrientes, y en el centro especial donde por las tardes se reúne con gente de su edad afectada por problemas parecidos al suyo, para seguir diversas terapias.

En su forma de expresarse y en lo que transmitía y transmite, Silvio da muestras de la mezcla de niño pertinaz y de incipiente muchachito que lo compone, y Tere le narraba a él alguno de los muchos cuentos que conocía, alguna leyenda, repitiendo lo que le había contado desde que Silvio fue capaz de entender algo, intentando mantener vigente en su imaginación un mundo en el que proliferan confusamente, bastante mezclados con lo real, los seres de la mitología clásica de varias culturas con las hadas, los dragones, los ogros, los pequeños héroes salvadores de princesas, las princesas organizadoras de viviendas de enanitos y ciertos superhéroes de la imaginería contemporánea.

«No solo hay que estimularlo en lo físico, sino mentalmente, y creo que para eso todo lo imaginario es fundamental, digan lo que digan», afirmaba Tere, muy segura.

Ahora, según lo vas escuchando hablar entre ese silencio de la mañana fresca raspado por vuestras pisadas, sientes una vez más la emoción de constatar lo vulnerable de su mente, pero también el reverbero de las singulares iluminaciones que en ella a veces se suscitan.

Silvio es la herencia verdadera, profunda, de Tere, lo que Tere te dejó como legado, un patrimonio que tú, mientras ella vivió, casi no habías querido asumir, y en tu relación con él, ahora que lo miras con los ojos del Daniel clemente que habita dentro de ti, encuentras cada día que pasa nuevas muestras de su extraña y frágil relación con la realidad.

Hace unos meses, ya antes del verano, en el colegio donde cada mañana Silvio cursa sus estudios ordinarios, esa Paula, una niña sin sus problemas a quien sin duda le gusta tutelar a Silvio y a quien él venera, y otros compañeros también normales intercambiaron ciertas noticias sobre seres extraterrestres, como consecuencia de una serie televisiva, y tanta importancia debió de alcanzar el asunto entre ellos que quedó impreso con fuerza en la memoria de tu hijo, hasta el punto de que, haciendo con él un ejercicio de lectura, la palabra «espacio aéreo» lo excitó mucho.

«Papá, hay unas cosas, unos bichos, los llaman seres, unos seres que son del espacio, ¿tú lo sabías, papá?»

«¿Seres extraterrestres?», preguntaste, por decir algo.

Al principio no era capaz de pronunciar la palabra «extraterrestre» y todavía a veces dice algo así como «estras- teste», condensando sílabas y erres, de la misma manera que «aliejnas» es el modo como nombra a los alienígenas, pero el tema debía de estar tan candente, sin duda los compañeros con un nivel de comprensión superior al suyo no dejaban de tratar de ello, que sus conocimientos acerca del asunto fueron aumentando, lo que a ti te hacía gracia, porque Silvio se mostraba muy ufano al hablar del espacio, que para él parece ser esa noche que recorren estrambóticas naves en ciertas películas y series de televisión y hasta juegos de ordenador, y no sabes qué más le habrán contado esos compañeros, pero te explica con mucha seguridad, cuando se transmite la serie o se pone en marcha el cedé correspondiente, que aunque no lo veamos, aunque la pantalla haya estado apagada, el espacio sigue ahí, y las naves y los extraterrestres viajando de un lado para otro.

En el asunto, la máxima autoridad es la tal Paula:

«Y dice Paula que están siempre alrededor nuestro, vigilándonos, y que unos son amigos y otros no, que unos quieren ayudarnos y otros fastidiarnos, pero que no podemos verlos si ellos no se dejan.»

Aunque no seas capaz de entenderlo muy bien, piensas que Silvio, con su mente tan infantil, tiene la profunda convicción, nacida de su propia inconsistencia intelectual, de que la realidad está dividida en una parte dañina, o al menos hostil, huraña, y en una parte benéfica, o al menos no agresiva, neutral, aunque haya ámbitos indefinidos que pertenezcan a lo simplemente maravilloso, que él no distingue de lo puramente cotidiano.

«Vamos, Silvio, ese es un espacio de ficción, el espacio verdadero está aquí», le dijiste, como has intentado explicarle varias veces.

«¿Un espacio de ficción? ¿Qué es un espacio de ficción?», te preguntó, sin duda sorprendido por la palabra.

«Pues un espacio de cuento, no real, no de verdad —respondiste—, porque los cuentos no son verdad, pertenecen solo a la imaginación», añadiste.

Aquella noche había algo de luna y se la mostraste desde la ventana:

«Atiéndeme, mira el cielo, las estrellas, la Luna, están en el espacio, eso es el espacio, el verdadero, el real, nosotros vivimos en la Tierra, que también se encuentra en el espacio, pero esos extraterrestres de los que tú hablas viven en un lugar que no es de verdad, es el de los cuentos, un mundo inventado.»

Silvio, que había seguido tu discurso con bastante atención, fijó en ti los ojos cuajados de riguroso escepticismo:

«¿Pero qué dices, papá? ¡Por ahí vuelan los aviones, los pájaros, las mariposas, las cometas, no las naves de los extraterrestres! —replicó—, ¡y ahí no hay hombres lagarto! —añadió—, ¡no hay hombres bicho, papá! ¡Pregúntale a Paula!».

Te miraba como quien descubre una falta de información que es imprescindible subsanar:

«Papá, el espacio de verdad solo está en la tele y en las pelis, te lo aseguro», añadió, con una convicción que no ha flaqueado, los ojos muy abiertos y haciendo fuertes gestos afirmativos con la cabeza. «Eso de ahí fuera es otra cosa —continuó—, es el cielo, ¿pero cómo no va a ser de verdad el espacio de la tele y de las pelis y de los videojuegos? ¿No ves cómo se mueven las naves?, ¿no ves los rayos que disparan las pistolas?, ¿no ves los trajes que llevan?».

El caso es que se trata de un asunto que lo apasiona, porque suele hablar mucho de ello. Ahora mismo le está diciendo a esa mamá urna o Urnamamá de la que es portador que, desde esta mañana, ha advertido una insólita presencia:

—Notas un calor que es frío —dice—, que te toca la cara, y son ellos, pero no se los puede ver, ellos, los alienígenas, los extraterrestres —y se regodea en su confusa y sintética pronunciación de esas palabras, para él tan difíciles de formular—, que han venido del espacio y andan alrededor de nosotros, pero yo hasta ahora nunca los había notado, Paula sí, muchas veces, sobre todo antes de dormirse, cuenta ella, y también que en el cine y en la tele los ves siempre, pero que aquí a veces los ves y a veces no los ves.

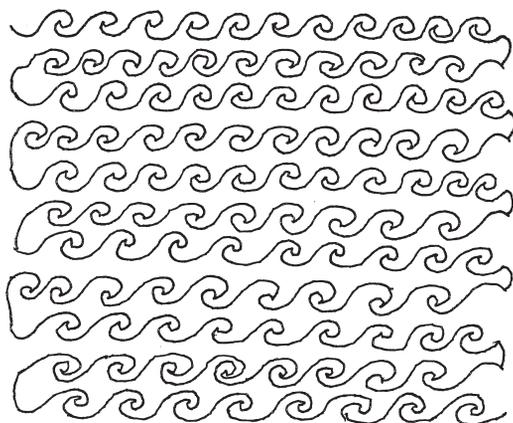
Anteayer, cuando lo has recogido en el centro especial, has hablado con Aurora, una profesora logopeda a la que Silvio quiere mucho, le has comentado esa obsesión de tu hijo por los extraterrestres y ella se ha echado a reír:

«Pues en su grupo ha conseguido interesar a los más listos —te ha explicado—. Entre estos chicos, como entre todos los demás, hay temas que se ponen de moda, y ahora le ha tocado a ese, no hay que darle ninguna importancia; si acaso, aprovecharlo para intentar explicarles el sistema solar, para que sepan lo que es el Sol, y la Luna, y la Tierra, y el lugar que ellos ocupan aquí».

También le contaste el proyecto del viaje a la laguna para dejar en ella las cenizas de Tere que hoy estás llevando a cabo, pues querías excusar la ausencia de Silvio en la tarde de ayer y también conocer qué opinaba de la caminata que pretendías llevar a cabo con él, la caminata que en estos mismos momentos estáis realizando. Resulta que Aurora conoce esta comarca y que hasta ha hecho la excursión a la laguna en un par de ocasiones.

«Descansando de vez en cuando, no creo que tenga ningún problema para aguantarlo —te dije—, y hasta pienso que le vendrá bien, porque estos chicos no hacen en los colegios todo el ejercicio que debieran».

2.



El agua del río presenta su peculiar tono esmeraldino, más o menos azul o más o menos verde, según las zonas, y también con distintos grados de transparencia: hay espacios donde el color se muestra en una densa turbiedad, otros donde permite vislumbrar la forma del fondo, otros en los que compone en torno a las peñas y a las plantas sutiles halos de claridad, y hasta otros notablemente diáfanos, y se encaja, con la misma precisión del tiempo en que conociste estos parajes por primera vez, en las márgenes rocosas y vegetales que van acotando su curso.

Para ti han cambiado muchas cosas desde aquella época, la corriente de tu vida ha abandonado con brusquedad algunos cauces, ha ido derivando hacia rumbos imprevistos, se ha precipitado en torrentes azarosos, ha acabado vertiendo en un lugar lleno de sombras, pero este río al que llegaste por vez primera hace veinticinco años no ha modificado la forma ni el color que mantiene desde hace

cientos de milenios, y el camino que lo bordea, desde que alguien lo empezó a marcar, seguramente los animales antes que los humanos, se va deslizando con el mismo zigzagueante rigor por los vericuetos de la ribera, aunque ahora esté hollado en muchos trechos por las rodadas de los todoterrenos, que durante el verano deben de ser una plaga para estos lugares.

Un río cuyas aguas proceden de manaderos recónditos, a través de enrevesadas travesías que recorren grutas secretas o se filtran en el seno de profundos arenales, de rocas esponjosas incrustadas en el vientre del terreno, bajo las raíces y los cimientos, en la base de los rotundos peñascales y como un extraño envés de las reseca parameras. Un río que, antes de conformar esta corriente visible, ha seguido rutas inescrutables, acaso como sucede con nuestras corrientes profundas, invisibles, antes de manar en forma de pensamientos o de sentimientos.

Hace tantos años, Tere y tú también seguisteis este camino a pie, ella con una mochila a las espaldas mucho más grande que la que lleva ahora Silvio, y tú cargando con aquella tienda de campaña que, siendo de las pequeñas, pesaba lo suyo, conforme a las medidas y las estructuras de la época.

Aunque era verano, en aquel tiempo estos lugares no habían sido conocidos todavía por demasiada gente, y el día de vuestra caminata erais vosotros dos, una pareja de jóvenes, sus visitantes exclusivos, los únicos seres humanos que recorríais el espacio silvestre en el silencio que hacía aún más preciso el suave murmullo del río o algún súbito aleteo de aves entre el arbolado.

No puedes recordar de modo exacto las variaciones del entorno a lo largo de la ruta, la anchura distinta que van presentando los desfiladeros, la escalonada altura de los acantilados, con masas rocosas que destacan de repente sobre las demás, ni el volumen, disposición y espesura de los matorrales, además entonces la estación veraniega les daba

otro color y otro aspecto, pero este cambio continuo de las masas pétreas, el desmelenarse de diversos ramajes frondosos con algunas bayas primerizas de distinto tamaño que se muestran en ellos, los arbustos con su aspecto de otoño temprano, los helechos que se empiezan a secar, te devuelven, a pesar de la mudanza en los tonos y en los brillos, imágenes de sucesivos espacios reconocibles, bajo los farallones enormes que resplandecen a la luz de la mañana.

Algunas balaustradas toscas de madera sobre la hoz del río, en recodos donde el camino se abre, así como ciertos ensanchamientos entre el arbolado donde se dispersan mesas y bancos de madera, y repentinas plataformas terrosas en las que se señala el aparcamiento de vehículos, indican lugares preparados para que los visitantes puedan detenerse a comer o a observar el paisaje. Son objetos, espacios y signos que no existían cuando llegaste aquí, cuando recorriste este camino con Tere por primera vez, porque eran otros tiempos y estos lugares solamente eran conocidos por algunos cazadores privilegiados y por un número escaso de personas interesadas en visitar esos espacios virginales de la naturaleza que, veinticinco años después, se han convertido en una especie de aliviadero masivo. Hoy no hay nadie por lo extemporáneo de las fechas, pero sin duda estos parajes, del todo solitarios en aquella lejana ocasión, conocen ahora la misma avalancha de muchedumbres que inunda y ensucia casi todos los rincones atractivos del planeta.

Cuando cuaja del todo la primavera, y en la época veraniega, esto debe de ser un hervidero bullicioso de gente, piensas, con apuros para aparcar, música estridente y basura desperdigada en torno a esas mesas merenderas. Sin embargo, estos días de octubre, y un sábado, porque preferiste evitar las posibles aglomeraciones dominicales, y acaso también la lluvia de los días pasados, que amenazó impedir vuestra excursión, aunque hoy luzca claramente el sol, sin duda han aplacado de tal modo el afán excursio-

nista, que a la hora en que Silvio y tú recorréis el camino ni un solo vehículo se ha movido todavía por él: todo está solitario, silencioso, y los signos de la presencia humana resultan desgarraduras mínimas, el lugar apenas parece resentirse del zarpazo de vuestros congéneres, sois vosotros dos sus únicos ocupantes, como aquel día en el que Tere y tú caminabais juntos.

A Silvio, lo que más le llama la atención son los roquedales dorados y grises, gigantescos, con sus macizas y repentinas emergencias, que contempla con admiración cuando se los señalas, encontrando en ellos las formas de los monstruos y gigantes de los cuentos que Tere le narraba:

—¿A que eso parece un castillo? —le dices, acaso.

—A lo mejor es un castillo de verdad, papá, el castillo de Irás y No Volverás, ¿no te parece? —responde, preso de súbita excitación—. ¿Pero por qué está borroso?

—Quizá los magos lo han cambiado, quién sabe —aventuras tú, siguiendo aquellas pautas de Tere sobre el estímulo de su imaginación.

—Mamá, hemos visto el castillo de Irás y No Volverás, aunque los magos han hecho que parezca una montaña de piedra amarilla —le dice a su querida carga—, porque los magos todo lo cambian, y hemos visto dos dinosaurios que dice papá que también cambiaron los magos en peñas muy grandes, y hasta una fortaleza que parece la de los malos de Jal, esa que está en el Planeta Tenebroso.

Elementos de los cuentos y de las historias de Tere y elementos de esas series de la tele que veis juntos y que tanto lo fascinan, incorporando sus cuerpos inmensos y majestuosos entre los pinos y sobre los chopos donde se empieza a mostrar el amarillo naciente de algunas hojas, y rememorados por Silvio a través de una pronunciación enrevesada.

A veces, el camino se estrecha y el farallón levanta a un lado, muy próximo a vosotros, su pared vertiginosa,

amenazadora. Al otro lado, paralelo al camino, en el barranco profundo, corre el río con sus pozas de esa agua teñida de color entre verde y azul, agua pintada, la llama Silvio. Te pregunta que por qué la han pintado y se admira cuando le dices que es así, que está teñida por materias de las rocas a través de las que brota.

—Las rocas están pintadas y la manchan —deduce, y tú no le das más explicaciones.

Todos estos espacios os admiraron también a Tere y a ti cuando los contemplasteis por primera vez, pero ahora descubres que, aunque regresasteis a ellos en alguna ocasión, nunca lo hicisteis a partir del momento en que Silvio nació, como si llevase en su persona algún impedimento radical para nuevas visitas al lugar.

Ciertamente, la irrupción de Silvio en vuestra vida llevó consigo muchos cambios en los comportamientos de la pareja que habías acabado formando con Tere, e hizo aflorar en ti al Daniel más adusto e intolerante. Miras andar a Silvio con esos pasos desgalichados y, aunque ya sabes cómo encajarlo ahora, cuando está en el borde de la adolescencia y Tere ya no existe, no dejas de pensar que durante toda su vida estará necesitado de ayuda, de protección.

En lo físico, el niño fue torpe desde el principio, y llegó un momento en que la torpeza comenzó a resultar estridente, pasaban los meses y no gateaba, no se ponía en pie, tardó en romper a andar muchísimo tiempo, y además no era capaz de balbucear ninguno de esos vocablos característicos que dan testimonio de que los pequeños empiezan a identificar a las personas más cercanas de la familia.

Para ti todo aquello fue un aprendizaje de la decepción, una experiencia en la que cada día se vislumbraba la consolidación de unas deficiencias que no tenían remedio, aunque al cabo de los años, y gracias a los extraordinarios esfuerzos de Tere y a la ayuda de los pedagogos y psi-

cólogos que lo han atendido, Silvio esté mucho mejor de lo que aquellos inicios te habían hecho temer.

Observas con gusto uno de los puntos en que la corriente del río se remansa en torno a varios peñascos de volumen imponente, creando una poza de color jade tan singular que parece proceder de un río imaginario, virtual, como ese espacio que para Silvio solo es verdadero cuando se encuentra en las ficciones audiovisuales. Se la señalas:

—¿Qué te parece eso? —le preguntas.

—¿Es agua de acuarela? —pregunta a su vez, alzando un instante esos hombros martirizados por su empeño en no oprimir la mochila que transporta la urna.

—Y a lo mejor esas piedras grandes las tiraron los gigantes desde allá arriba —dices tú, intentando animar esa imaginación suya para hacerla propicia a este tipo de especulaciones, como haría Tere.

Incluso antes de conocer toda la verdad del asunto, nunca asumiste a Silvio con gusto, y lo hubieras abandonado a la suerte de su congénita incapacidad. Fue Tere la que reaccionó desde el primer momento para ayudarlo por todos los medios existentes a superar en lo posible ese dichoso problema del cromosoma de más. Desde su nacimiento, lo llevó a los mejores especialistas, siguió a rajatabla todas las instrucciones para el mejor modo de fomentar sus posibilidades intelectuales, e incluso probó métodos propios que consideraba adecuados para despertar las percepciones dormidas o inertes en vuestro hijo.

«Aunque en esto no haya grados, por lo menos Silvio está sano en lo físico, y eso no tiene precio», decía, y en ella era patente el entusiasmo por un esfuerzo al que nunca renunciaría, mientras pudo llevarlo a cabo.

A ti, desde el momento de su nacimiento, la noticia del infortunio te golpeó con fuerza, porque de repente descubrías que, de todas las desdichas posibles, esa era una de la que jamás habías previsto ser víctima. De niño

y muchacho estuviste cerca de otros coetáneos que tenían esa misma carencia que tu hijo en diversas formas, y siempre los contemplaste con extrañeza, como si no fuesen congéneres, como si perteneciesen a una especie no completamente humana y resultasen intrusos en el universo de lo que debería ser lo regular, lo normal, lo únicamente subsistente, piensas ahora con remordimiento, como si aquella actitud hubiese sido un reto a la suerte, al destino, que al final te ha hecho conocer por ti mismo la insoslayable familiaridad de lo que considerabas una horrible tara.

Lo habías sabido enseguida con toda la autoridad de la medicina, luego el tiempo fue pasando y tu conciencia de desgracia se fue haciendo más sólida mientras el niño crecía, y durante varios años intentaste hacerte a la idea sin asumirlo ni reconciliarte con ello, sobre todo cuando conociste que la sorpresa no había sido tanta para Tere como para ti. Mas a ella nunca le importó que Silvio no fuese un niño como todos, tal vez porque las madres acomodan su amor a la personalidad de sus hijos con una disposición carente de juicios y de análisis. Tere se dedicó a Silvio con fervor, y acaso si hubiese sido un niño común y corriente su entrega no habría sido tan apasionada.

A lo largo de los años, Tere nunca te reprochó con acritud tu lejanía del hijo, que fue cristalizando como el resultado inverso a la disposición de cercanía que ella le mostraba. Al principio cooperabas con Tere en su frenética dedicación a estimular las capacidades del niño, a ejercitar sus miembros, a activar su inteligencia. Pero con el paso del tiempo y de las circunstancias que fueron marcando tu comunicación con ella, apenas mantenías con Silvio otra relación que la que se establecía ante el televisor en algunos partidos de fútbol y en ciertas películas.

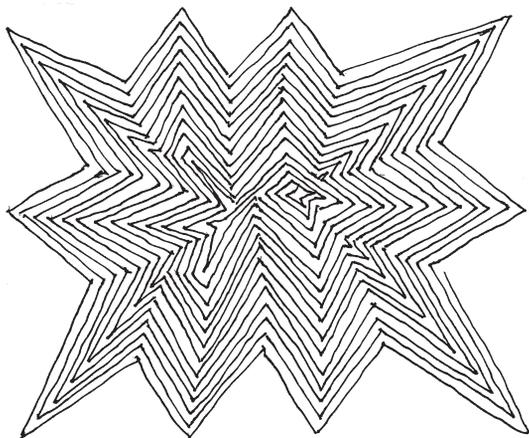
Así, durante la mayor parte de su vida Silvio fue para ti una especie de extraño habitual que, a lo largo del último año, con el divorcio, y luego el accidente de Tere,

sus secuelas y su muerte, te has sentido obligado a incorporar a tu intimidad, con el que tienes que conversar desde que se despierta, pasear, ir al cine, acompañarlo los días festivos a los lugares que puedan ser de su interés o a reuniones con otros chicos con su misma deficiencia, a quien muchas veces debes llevar al colegio, y bastantes días recogerlo del centro especial, a quien estás obligado a cuidar, a atender, porque ese Daniel que no te perdona, el Daniel arrepentido que ha cogido fuerza dentro de ti, está siempre preparado para no tolerarte descuidos.

Lo contemplas mientras avanza con torpeza pero sin desfallecimiento, lo escuchas mientras le cuenta a la supuesta madre que transporta a sus espaldas sus impresiones de la excursión: ahí está, hecho carne, tu tiempo, el certificado menos gratificante de tu vida; a la vez, observas esa poza donde el agua adquiere color de piedra preciosa: ahí está el lugar sin tiempo donde una vez creíste encontrar el Edén.

Aunque a ti el tiempo te haya castigado, la corriente de ese río de aguas misteriosamente glaucas permanece fluyendo con la misma cadencia e idéntico resonar que la primera vez que lo contemplaste, ignorante de ti, de tu paso, de ese recorrido sinuoso, inexplicable, que es tu vida, que es la vida de todos, una raya continua, enrevesada e informe trazada siguiendo el puro capricho, como las que dibujaba Tere en sus cuadernos por puro entretenimiento.

3.



Desde el pueblo en que habéis dormido la pasada noche hasta la laguna habrá unos ocho kilómetros. Recorristeis casi la mitad con el coche, que has dejado aparcado en un ensanchamiento entre los pinos, para seguir a pie el resto del trayecto, la parte más pintoresca.

«Ahora nos toca andar —le dijiste a Silvio cuando comenzasteis la caminata—. Guarda el jersey en tu mochila».

«Yo quiero llevar a mamá», respondió entonces.

«¿No te resultará muy incómodo?», preguntaste, cuando viste la disposición que adoptaba con la mochila a las espaldas, una vez metida dentro de ella la urna de brillo bronceo.

«Yo quiero llevar a mamá», repitió.

«Mira, cuando lleguemos al final te dejo la urna, pero ahora la voy a llevar yo, para que vayas más a gusto. Es mucho trayecto.»

«¡Yo quiero llevar a mamá!», volvió a decir, con indiscutible decisión y unos ojos que alternaban con rapidez el mirarte con fuerza y el apartar la vista.

«Vale, pues yo llevaré la comida y los jerséis. Cuando quieras agua, me la pides.»

Aunque este sendero es ahora más ancho e incluso tiene trozos asfaltados, has querido recorrerlo caminando para recordar mejor aquellos días de la juventud. Sabías que la caminata podía ser larga para Silvio, pero como no tienes prisa, has previsto descansar siempre que sea preciso, para darle respiros, y qué más da que tardéis dos horas que tres.

La primera excursión, cuando Tere y tú conocisteis estos parajes, tuvo su origen en que alguien que provenía de estas tierras, un compañero de ella en la facultad, os había hablado con entusiasmo del color del agua, de las estrechas gargantas, de los enormes pinares con las ardillas saltando entre las ramas, de los encinares, de las choperas, de las sabinas, de los gigantescos roquedales, de los ciervos cruzando de repente el camino.

«Aquello es una verdadera hermosura, naturaleza en plenitud, incólume, no os lo podéis imaginar», decía el chico, que tenía como señal característica una nariz ancha y plana, también un poco cerval.

Os acercasteis aquí por primera vez durante un verano de mucho calor, que se hacía más sólido dentro de los sucesivos autobuses de línea que os fueron trasladando. Entonces no había albergues rurales, como el que la pasada noche os ha acogido a Silvio y a ti, pero si los hubiera habido, vosotros no podríais haber pagado vuestra estancia en ninguno de ellos. Erais todavía estudiantes, y aunque Tere ganaba algo de dinero cuidando niños las noches de ciertos sábados y vísperas de festivos, y tú dabas alguna clase particular, con las ganancias de ello y la escasa ayuda de la familia, apenas te daba para pagar la parte de alquiler del destartado piso que compartías con otros compa-

ñeros, la comida en comedores estudiantiles o restaurantes económicos, y la cena a base de bocadillos, hechos con los embutidos que te mandaban de casa.

Imaginas cómo os hubiera deslumbrado entonces a Tere y a ti la habitación en que has dormido con Silvio, muy modesta pero peculiar en su forma, una planta baja con el baño, una pequeña cocina y una salita con estufa de hierro, y un altillo con dos camas, al que hay que subir mediante una escalera parecida a la de los barcos que maravilló a tu hijo, porque le recordaba las imágenes de ciertos navíos antiguos conocidos también por él en algunas ilustraciones de cuentos y en películas de piratas.

En aquellos tiempos de vuestra primera excursión de pareja, Tere y tú dormiríais, dormisteis, en aquella tienda de campaña que os habían prestado, como también la mochila, los sacos de dormir y las colchonetas, y recuerdas la emoción cuidadosa con que ordenasteis las distintas piezas para el vivaque, y seleccionasteis los alimentos y la bebida que iban a componer lo que en las aventuras de los libros se llama los víveres, las vituallas, así como los mapas del Instituto Geográfico y la brújula que conseguisteis, todo lo que habíais considerado necesario para los cuatro o cinco días que iba a durar vuestra excursión por aquellos lugares, descritos como tan salvajes y solitarios, que veíais como una excitante expedición a territorios remotos.

Tere, por sus estudios, había sido la encargada de buscar documentación histórica sobre estos sitios, y además de varios datos de poblamientos, señoríos y otros aspectos poco relevantes, había conseguido saber que el conde don Julián, causante mítico de la destrucción del reino de España en el siglo VIII, al permitir la invasión árabe, habría arrojado sus riquezas a la laguna que fue entonces y es ahora el principal destino de vuestro caminar, para impedir que cayesen en manos de los moros, convertidos en sus perseguidores implacables después de consumada la invasión.

Le has contado a Silvio lo del tesoro que guardaría la laguna, según la leyenda, y aunque no estás seguro de que comprenda muy bien lo que es una laguna, y ni siquiera la imagen de «un mar pequeñito», que le has propuesto, mostrándole los mapas y los panoramas de Internet, la palabra «tesoro» ha hecho destellar en su aniñada imaginación un brillo desmesurado, que se mezcla con esa idea de los extraterrestres invisibles que lo rodean para producir pintorescas suposiciones, y que durante los días anteriores a este lo ha hecho hasta soñar con riquezas asombrosas.

De modo que el tesoro legendario del que hablaba Tere se ha transmutado en el tesoro fantástico que estimula la mente de Silvio, piensas, mientras recuerdas con claridad el momento en que la conociste, porque la leyenda de este tesoro te ha devuelto la imagen de Tere mientras hablaba de otra leyenda y de otro tesoro.

Fue en una fiesta de fin de curso de su facultad, y la universidad olía a verano naciente en el crepúsculo que se iba apagando. No tenías mucha costumbre de acudir a ese tipo de festejos, pero uno de los inquilinos del piso en que vivías, que estudiaba en aquella facultad, te convenció para que lo acompañases, y estabas en medio de la reunión tumultuosa de jóvenes, en las manos vasos de plástico en los que la cocacola se mezclaba con los más diversos alcoholes, entre el humo de los porros y el retumbar estridente de los altavoces, y casualmente te habías acercado a un grupo que, en medio del tumulto general, mantenía una charla sobre el tesoro que habría existido verdaderamente en la calle de Madrid con ese nombre, en una de cuyas casas vivía una de las muchachas presentes.

Dicen que un ser humano tarda poco más de ocho segundos en enamorarse, y mientras mirabas y escuchabas a aquella chica que hablaba con ojos brillantes y ademanes expresivos, ajena al parecer al ensordecedor bullicio de la fiesta, de las ollas repletas de onzas de oro que en el siglo XVII

se habrían encontrado en los sótanos de cierto lugar, donde más adelante se abriría la calle del Tesoro, cerca de otra calle que se llama del Pez porque allí hubo unas charcas y en una había un pez con el que estaba encaprichada una niña, sentiste hacia ella esa simpatía especial, ese invencible afán de proximidad con que el amor se reviste cuando surge.

«De modo que eres especialista en tesoros y en peces», le dijiste más tarde, cuando conseguiste quedarte a solas y bailar con ella.

«Yo tengo sabidurías muy raras, qué te crees, las leyendas me interesan mucho, como los cuentos de las abuelas. ¿A ti tu abuela no te contaba cuentos?»

«Seguro que me los contaba, pero solo me acuerdo del de Caperucita. ¿Tú no le tienes miedo al lobo feroz?»

La simpatía fue recíproca, porque durante el resto de la fiesta estuvisteis juntos, bailando, bebiendo, intercambiando información sobre vuestros orígenes, cursos y gustos, el cine, la música, ciertas lecturas, ese contacto primero que se parece al de las hormigas cuando tantean sus mutuas antenas para reconocerse, para tomar las medidas de su afinidad, eso que la gente llama química sin saber que tiene su ejemplo real en el mundo de la comunicación entre seres vivos, y la impresión que cada uno tuvo del otro fue tan favorable que, a partir de entonces, comenzasteis a mantener citas casi todas las semanas, para pasear y tomar un refresco en alguna de las placitas del centro, o en Argüelles, cerca de donde ella vivía, o para recorrer el Retiro o la Cuesta de Moyano, hojeando libros que casi siempre estaban fuera de vuestro modestísimo alcance económico.

Era una muchacha alegre, a la que le gustaba hablar, que tenía curiosidad por cosas insospechadas, esas sabidurías raras de las que había presumido al conoceros, como ese mundo de lo legendario que era tan menospreciado por sus profesores y compañeros de estudios, pero casi todo llamaba su atención, e incluso quería enterarse de materias de tu propia carrera, y cuando le decías en broma

que por qué no se matriculaba en tu escuela, te respondía, con gesto muy serio y convencido, que todo lo que aumente los conocimientos es patrimonio, riqueza, y que para ella eso era muy importante, porque tenía el propósito de vincularse a la enseñanza superior.

«Un profesor no solo tiene que saber de lo suyo, sino abarcar una perspectiva lo más amplia posible de las cosas del mundo —decía, con esas palabras un poco pomposas—, para poder interrelacionarlas y con ello comprenderlas mejor».

«Uno de mis fallos es la ciencia, precisamente —te confesó en otra ocasión—, porque siempre se me dieron fatal las matemáticas, pero quiero saber de todo, de todo. Para mí ser profesora es la mayor ilusión de mi vida —añadió—, y haré lo que sea para conseguirlo».

La verdad es que lo demostró con el tiempo, piensas, mientras recuerdas su voluntad de que en el transcurrir de su vida no hubiese vacíos que no pudiesen nutrirse de información cultural, y vuelves a evocar las salas de algunos de los museos que visitaste con ella, esculturas, pinturas, animales disecados, cerámica popular, vasijas prehistóricas, mascarones de proa, y esas instalaciones con ínfulas de último grito que entonces empezaban a proliferar, algunas estrambóticas.

A veces, cansado de tanta cultura, el Daniel menos benévolo que te habita hacía que te burlases un poco de ella, pero no daba importancia a tus bromas, te repetía que el saber no ocupa lugar, insistía en sus recorridos a lugares que pudiesen enriqueceros con alguna enseñanza.

También recuerdas las primeras sesiones de cine a las que fuisteis, donde aquella mutua simpatía fue el natural acicate de un contacto físico que no tardó mucho en producirse, y los besos golosos y los mutuos toqueteos encontraron un ámbito propicio.

Un día la llevaste a tu piso y pasasteis la tarde en tu habitación, estrenando en silencio la mutua desnudez de

los cuerpos y los abrazos amorosos completos, y esos encuentros se repitieron bastantes veces, de modo que cuando terminó aquel curso vuestra pareja ya se había consolidado, aunque Tere era muy racional en la organización de los encuentros que teníais y procuraba que no le quitasen tiempo para preparar sus lecciones, y hasta que no interfiriesen con las vísperas en que tú debías preparar tus pruebas, por lo que, en bastantes ocasiones en las que había oportunidad de veros en la intimidad, tenías que refrenar tus fuertes deseos y esperar el momento en que ella estuviese disponible o lo considerase adecuado.

«¿Es que no me tienes ganas?», le preguntabas cuando volvíais a veros.

El tono bromista no ocultaba el despecho del peor de los Danieles que conviven dentro de ti, que quería exigir de ella una disponibilidad constante y exclusiva, mas Tere aseguraba que te tenía tantas ganas como tú le pudieses tener a ella, pero que en ese período de la vida no podíais desperdiciar lo necesario para vuestra formación.

«Ahora hay que estudiar, Daniel —te decía, poniéndose muy seria—, hay que aprovechar el tiempo para aprender lo más posible, y por estar juntos una tarde no vamos a poner en peligro un examen, no fastidies, tenemos por delante toda la vida para besarnos y abrazarnos».

No había forma de hacerle cambiar esa disposición, y el Daniel egoísta se sentía un poco vejado, y hasta rencoroso, ante la contundencia con que ella defendía sus convicciones y la resuelta actitud con que se oponía a aquellas citas.

«También es el mejor tiempo de nuestra vida, según dicen, la juventud, y no deberíamos desperdiciar ni un solo momento sin disfrutarlo: ¡*carpe diem*, carajo!», replicabas.

«No me digas que tú no disfrutas nada con todo eso de los elementos electrónicos», objetaba Tere, riendo, porque tenía respuesta para todo.

De manera que tú andabas siempre pensando en ella, pues aunque no dejabais de tener un encuentro amoroso por lo menos una vez cada semana, sentías continuamente el acicate del deseo, en lo hondo de tu carne permanecía sin colmarse una continua avidez de la suya, te parecía que nunca tenías tiempo suficiente para saciarte de su amor. Así que, cuando preparasteis la excursión a este lugar, superado el curso, el de ella con mucha brillantez, el tuyo con bastante más modestia y hasta raspando el nivel suficiente como para no perder tu beca de matrícula, había en ti la impresión de que se trataba de un humilde pero verdadero viaje de novios.

Sobre el autor

José María Merino (A Coruña, 1941) residió durante muchos años en León y vive en Madrid. Comenzó escribiendo poesía y se dio a conocer como narrador en 1976 con *Novela de Andrés Choz*, libro con el que obtuvo el Premio Novelas y Cuentos. Lo escurridizo de la identidad, sus conexiones con el mito, el sueño y la literatura, y muchos elementos de la tradición fantástica, caracterizan su obra narrativa. Su novela *La orilla oscura* (Alfaguara, 1985) fue galardonada con el Premio de la Crítica. Además, ha recibido el Premio Nacional de Literatura Juvenil (1993), el Premio NH paralibros de relatos editados (2003) y el Premio Salambó (2008). En Alfaguara ha publicado, entre otros, la trilogía novelesca *Las crónicas mestizas*, así como las novelas *Las visiones de Lucrecia* (1996), Premio Miguel Delibes de Narrativa; *El heredero* (2003), Premio Ramón Gómez de la Serna de Narrativa; *El lugar sin culpa* (2007) premio de narrativa Gonzalo Torrente Ballester, un volumen que recoge sus libros de relatos, *Historias del otro lugar* (2010) y *El libro de las horas contadas* (2011). Es miembro de la Real Academia Española.